

EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR Y COVID-19... ¿QUÉ HEMOS APRENDIDO?

Aimeé Estibaliz Ramírez Ortiz

Psicóloga, consultora independiente

Rocío Loera Rodríguez

Centro de estudios científicos y tecnológicos del Instituto Politécnico Nacional

El 5 de mayo de 2023, la Organización Mundial de la salud decretó el final de la emergencia internacional por COVID-19 (OPS, 2023). No obstante, esta declaración no enuncia que la devastación haya terminado o que se deba “bajar la guardia”. Como hemos atestiguado, los daños han ido desde lo general a lo particular; de lo público a lo privado. Esto es, que hemos transitado y sobrevivido a tal acontecimiento. Con ello, lo primero que da cuenta de este suceso, además de la noticia y el sinnúmero de pérdidas, son las estrategias y planes con los que, de manera abrupta, sólo algunos contamos con las oportunidades para hacer frente.

Uno de esos cambios sin dilación fue el paso de lo presencial a lo virtual; del contacto frente a frente a por medio de pantallas y dependiente de la banda ancha. Referirse a “unos cuantos” y “no todos”, es precisar y hacer visible la diferencia socioeconómica en cuanto al acceso, uso, disposición y disponibilidad por un lado, y la habilitación o capacitación por el otro. Este hecho repercutió en distintos ámbitos de la población, siendo la educación uno de los más afectados.

Tras la suspensión de clases, hubo que movilizar a la comunidad educativa para continuar con el proceso aprendizaje. Desde ese momento, el despliegue de la modalidad a distancia ya era prospectado como oportunidad e innovación durante y posterior a la pandemia. Por lo anterior, lo que proponen estas líneas es una reflexión acerca de distintos momentos e impresiones suscitados en la práctica docente de la educación media superior.

Como es bien sabido, dicho nivel educativo está estrechamente relacionado con las etapas tempranas del desarrollo. En cuanto a la adolescencia, es un periodo caracterizado por cambios y distintos ajustes en el que la escuela forma parte esencial en la construcción y manejo de vínculos. Así, el entorno escolar es fundamental en los procesos de socialización, identidad y asunción de roles que repercutirán en las aspiraciones y expectativas posteriores. Todo esto, aunado a los cambios

biopsicosociales por los que transitan los jóvenes en esta etapa, por lo que sus profesores no la tienen fácil.

El transcurso del ciclo escolar representa diferentes procesos simultáneos intrincados en la formación, haciendo de la práctica docente en este nivel educativo algo temible e incluso sufrido para algunos y muy enriquecedora y edificante para otros. Sin embargo, la pandemia suscitó cambios y repercusiones importantes para todos.

En el ámbito escolar, las modificaciones fueron experimentadas tanto en la forma de preparar, conducir y recibir la clase como en la mirada hacia el proceso educativo ya que, además de ser docentes o estudiantes, fuimos personas atravesando crisis y logrando adaptaciones varias. De las principales problemáticas en la que nos situamos fueron la brecha digital y el malestar emocional causado por la incertidumbre y confinamiento y su repercusión en la práctica profesional y el rendimiento académico, como expondremos a continuación.

1.1. Conectividad: ¿Aumento o disminución de brecha digital?

El suceso sanitario mundial trastocó los estilos de vida y las diferentes agendas personales y sociales, a escalas locales, regionales e internacionales. Si bien diversas plataformas y dispositivos digitales eran de uso cotidiano, fueron trasladadas a uno de tipo obligatorio e intermitente. La necesaria interconexión para sobrellevar la vida, el trabajo y la educación, pendían de la búsqueda de información, la adquisición de dispositivos y competencias digitales, representando una gran inversión de tiempo y, en muchos de los casos, de recursos económicos.

Este nuevo y repentino panorama implicó retos para los docentes, el alumnado y sus familias. El proceso de adaptación al modelo de educación a distancia fue forzado y relativamente breve. Aun con los cursos de capacitación y formación en TIC realizados con anterioridad, profesores y alumnos fueron aprendiendo a la par y sobre la marcha. La necesidad de interacción y la participación más frecuente en los escenarios virtuales, resultó en la emergencia e incorporación de diversos dispositivos y artefactos capaces de brindar una conectividad más eficiente. De ahí que el término Internet de las Cosas (IoT, por sus siglas en inglés) tuvo un mayor auge.

Al tratarse de objetos físicos conectados entre sí por medio de internet, los alcances de este término hacen referencia a:

- 1) Las tendencias tecnológicas y de conectividad que repercuten en las diferentes áreas de la vida como son el uso de servicios electrónicos.
- 2) La globalización y el flujo y almacenamiento de información que facilitan la mayoría de las interacciones entre las personas y diferentes contenidos.

Es decir, remite a la experiencia de usuarios, ya sea con una participación activa o pasiva al momento de generar contenidos y su descarga (Rose, et. al., 2015).

En relación con el proceso de enseñanza, impacta positivamente en la manera de llevar a cabo la investigación, gestión de contenidos y el diseño y ejecución de actividades, permitiendo los procesos de aprendizaje y tutoría de forma sincrónica y asincrónica. Ello favorece a una educación más autónoma, colaborativa e interactiva. Sin embargo, a pesar de estos beneficios, lo anterior ha supuesto mayormente limitantes de diversa índole puesto que se requiere de una amplia infraestructura, capacitación continua y por ende, una fuerte inversión económica (Saltos, et. al., 2023).

De esta manera nos enfrentamos a las condicionantes en el acceso, uso y la apropiación de las TIC. Estos tres niveles concernientes a la brecha digital, se relacionan entre sí y derivan tanto en situaciones de exclusión, como en el retraso en el aprovechamiento de éstas tecnologías ya sea de forma individual o institucional pública o privada (Gómez, et. al., 2018).

Al respecto, van Dijk (2017) señala el acceso como un proceso de apropiación de la tecnología que consta de las siguientes etapas: 1) el acceso motivacional relacionado con el interés y atracción por la nueva tecnología, lo cual puede ser explicado por factores sociales, culturales, mentales y psicológicos; 2) el acceso físico o material vinculado con la disponibilidad de hardware, software, aplicaciones, redes y el uso de TIC y sus aplicaciones; 3) el acceso a la alfabetización digital vinculado con la educación para adquirir habilidades digitales; y 4) el uso referido a las oportunidades significativas de uso (Gómez, et. al., 2018; p. 52).

Cabe destacar que el análisis de la brecha digital es multifactorial, donde el contexto determina su incidencia. Así, dentro del nivel de educación medio superior (EMS), nos encontramos por un lado, con docentes alejados e incluso renuentes al manejo de plataformas y herramientas tecnológicas y más apegados a un modelo de enseñanza tradicional, y por otro, a estudiantes con limitaciones económicas o de

conectividad y desconocimiento de dichas herramientas y procesos (lo que dejó en evidencia las desigualdades educativas existentes y persistentes).

1.1.1. *Alumnos y profesores... Personas frente a un modelo a distancia*

La pandemia sin duda ha significado uno de los desafíos más grandes que hemos enfrentado como humanidad durante el siglo XXI. Como hemos señalado, ha implicado un cuestionamiento importante sobre el presente y el futuro de los procesos de enseñanza y aprendizaje, y en el mejor de los casos, el uso de las nuevas tecnologías en los diferentes niveles educativos.

El cambio repentino de clases presenciales a clases a distancia, generó inestabilidad y un reajuste para hacer frente a las nuevas demandas de la educación en línea. En un inicio, frente esta nueva modalidad a distancia, la práctica docente lejos de reestructurarse mantuvo un modelo pedagógico tradicional en el que sólo cambió el canal de enseñanza. Esto apuntó al profesorado como el centro de la acción y a los estudiantes como receptores pasivos. Cabe enfatizar que esta práctica, en muchos casos, pudo justificarse a partir de la transición abrupta del modelo presencial al virtual, con todas las dificultades vinculadas a este cambio y a las carencias en competencias digitales.

Por otro lado, los espacios laboral y escolar durante la pandemia se convirtieron en una parte de la casa: *el aula* se instaló ya fuera en la sala, comedor o en el mejor de los casos, en un espacio improvisado como oficina. Esto rompió con la separación del espacio laboral/escolar (público) con el espacio personal (privado), dejando un límite difuso entre ambos, que se tradujo en una menor gestión de las actividades programadas, el manejo deficiente del horario alterando las rutinas de alimentación y sueño, lo que generó más estrés y en muchos casos, un incremento de horas de trabajo para profesores y estudiantes.

Consecuentemente, el aspecto socioemocional se vio afectado. La gran cantidad de horas frente a una pantalla originó varios riesgos debido a la sobrecarga de trabajo así como la incertidumbre sobre la situación personal y laboral, dentro y fuera de la familia. Además, en el caso de los profesores, fue palpable el incremento del desgaste profesional y riesgo de *burn out*.

En los alumnos, la falta de interacción cara a cara entre compañeros y otras figuras escolares, aumentó la sensación de aburrimiento, soledad, tristeza y aislamiento,

afectando su motivación y su falta de compromiso académico puesto que la escuela dejó de cumplir con su función socializadora. Esto se vio reflejado con un número elevado de alumnado con bajo rendimiento académico y en algunos casos de deserción escolar. De acuerdo con la CEPAL y UNESCO (2020) uno de los factores vinculados al abandono y rezago escolar durante la pandemia fueron los derivados de los aspectos socioemocionales y económicos.

Para ambos grupos, el miedo y la ansiedad incrementaron ante las noticias en los diversos medios de comunicación. Además, la permanencia en un mismo espacio afectó la salud física, con el sedentarismo. Es importante destacar que la labor docente dentro del aula implica la atención y resolución de muchas situaciones de diversa índole, que en lo virtual lamentablemente corrió con el riesgo de excluir o desconocer muchas de estas. Empero de esta posición, el docente continuó lidiado con una parte de alumnado desmotivado y ausente, que también trataba de afrontar situaciones personales y académicas de la mejor manera posible.

Esta situación, aceleró y promovió el uso eficiente de las TIC y diversos canales de comunicación; los docentes se vieron en la necesidad de buscar y experimentar con nuevas metodologías de enseñanza, aplicaciones y otros recursos didácticos y tecnológicos que han impulsando su creatividad para mantener el compromiso y la motivación del estudiantado a través de la virtualidad.

A pesar de los efectos negativos y contraproducentes, hemos de reconocer que el uso de tecnologías y redes sociales permitió llevar el confinamiento de manera más llevadera. Otros aspectos positivos en el uso permanente de las plataformas fue la revisión y responsabilidad al compartir o generar contenidos, la búsqueda de información verificada e identificación de fuentes confiables. Los adolescentes, debido mayormente a la conducción del profesorado, desarrollaron la capacidad de discernimiento y pensamiento crítico en el manejo de la infodemia, al ser capaces de reconocer noticias falsas y aquellos sitios o contenidos tendientes a desinformar y aumentar el estado de alerta injustificados. También, se favoreció a la consulta, conocimiento y reflexión sobre otros temas sociales, económicos, ambientales y políticos.

Así tenemos que, paradójicamente, la percepción de pérdida de control conllevó las estrategias y acciones necesarias para lograrlo a pesar de las dificultades y limitaciones. Hasta cierto punto, las agendas y rutinas fueron adecuándose y adaptándose a las condiciones existentes. A posteriori, la virtualidad fue entendida

como oportunidad, aunque no para todos debido a las brechas económicas, sociales y digitales.

Hubo que reconocer entonces que la situación de incertidumbre y vulnerabilidad en este periodo debido mayormente al flujo de información y el desarrollo de competencias digitales en utilización de las TIC, concientizó sobre los procesos de salud y enfermedad y del cuidado personal, familiar y social ante el riesgo de contagio y el alto número de defunciones por la COVID-19. Igualmente, sobre la importancia de los vínculos sociales y afectivos y sensibilizó sobre los impactos sociales, económicos y ambientales.

Otro hito importante para el profesorado fue dar cuenta de la necesidad de rediseñar el currículo, los horarios e inclusive las modalidades y vías de comunicación para llevar a cabo el proceso de enseñanza-aprendizaje. Esto dio paso al entendimiento de una práctica más flexible, empática y resiliente para si mismo y sus estudiantes.

Ante la pasividad, ausencia o baja de jóvenes a su cargo, lo que en un principio pudo representar frustración, después incentivó la curiosidad y creatividad, y aumentó la conciencia de ciertos problemas y contenidos pasados por alto en el trajín presencial: hizo inevitable la visualización de las vicisitudes en la práctica; de cómo los niveles de brecha digital (uso, acceso y apropiación), acrecientan o disminuyen diferentes limitaciones y oportunidades.

2. Y ENTONCES, ¿QUÉ HEMOS APRENDIDO...? LOS RETOS DE LA EDUCACIÓN MÁS ALLÁ DE LA TECNOLOGÍA.

Hasta aquí se han expuesto brevemente algunas de las dificultades en torno a las competencias digitales y el reto de adaptación al modelo a distancia presentadas por docentes y alumnos durante la pandemia de COVID-19. A casi cuatro años del brote, continua la imperiosa necesidad de desarrollar modelos pedagógicos para ambientes virtuales, lo que significa establecer estándares de calidad en los contenidos, los materiales y los sistemas de evaluación (Guiot-Limón, 2021) y, de igual manera, establecer nuevas estrategias de interacción entre los docentes y sus estudiantes.

Si bien muchas de las aulas y otros espacios que dejamos antes de la pandemia ya presentaban limitaciones tecnológicas, las carencias se volvieron más evidentes con el regreso a clases de manera presencial después de la urgencia por desplegar competencias digitales, sobre todo las enfocadas a la práctica docente.

Esto último representa uno de los principales retos de la educación actual, tanto en lo presencial como en los modelos híbridos y virtuales, pues la integración de las TIC en la práctica docente implica poner a su disposición las herramientas tecnológicas necesarias para desarrollarla, incluyendo una formación adecuada y gradual en las mismas (Guiot-Limón, 2021). De igual forma, cuestiones de acceso, disposición y disponibilidad ya que no sólo depende de cuestiones económicas o personales, sino de una amplia infraestructura y políticas públicas.

El otro desafío importante es relativo a los efectos en cuanto a los aspectos socioemocionales que aún hacen eco dentro de las aulas (por ejemplo: alumnos sin acceso a internet o dispositivos como hemos insistido por un lado y los poco motivados, con bajo nivel de responsabilidad, sobreuso de dispositivos electrónicos, por el otro). Es por ello que debe priorizarse la implementación de acciones encaminadas a trabajar la gestión emocional, el desarrollo de habilidades sociales y el uso productivo de herramientas tecnológicas del alumnado, para mejorar su bienestar personal, su motivación y rendimiento académico.

Si el reto de las instituciones educativas, es brindar herramientas de acompañamiento psicosocial y emocional (Carro y Lima, 2022), habría que añadirse infraestructura y la creación de cursos de capacitación constante tanto a los docentes como a los estudiantes sobre diferentes temas que posibiliten su adaptación a los entornos virtuales y además, aquellos cuyo contenido verse sobre competencias socioemocionales, con la intención de dotar a ambos grupos de recursos o herramientas para hacer frente a las crisis y diferentes ámbitos de la vida.

Cabe destacar que la propuesta de impulsar programas de desarrollo socioemocional a nivel educativo no es nueva. Antes de la pandemia, ya habían comenzado los esfuerzos por incluir contenidos de este tipo en los sistemas educativos a través de la educación emocional, evidenciando la necesidad de promover y desarrollar otro tipo de conocimientos y competencias necesarias para la vida (Bisquerra et al., 2015; Pérez y Filella, 2019).

Para retomar los aprendizajes es fundamental que como docentes y profesionales de la educación reflexionemos sobre nuestra práctica y los distintos factores que inciden en ella. En este sentido, nos referimos a una deliberación productiva que permita ampliar las fuentes de conocimiento para comprender una situación en sus múltiples aspectos. Más allá de describir los hechos, la reflexión debe conducir a un proceso de comparación que aporte una visión crítica y profunda sobre la práctica (Moore-

Russo & Wilsey, 2014). Un ejemplo de ello es tener en cuenta las brechas sociales y digitales, pues inciden directamente en la práctica educativa y tecnológica de los alumnos a nuestro cargo limitando o promoviendo sus avances y logros.

Desde esta perspectiva y para hacer frente a los desafíos en el contexto post pandémico, hemos de proponer esta y otras apreciaciones pues consideramos que la práctica docente representa uno de los instrumentos fundamentales para superar los cambios repentinos, limitaciones e impacto profundo en la educación que ha traído la crisis sanitaria y que han expuesto las debilidades y oportunidades de mejora en el sistema educativo. A través de la respuesta reflexiva y colaborativa, podemos trabajar para superar los desafíos actuales y construir un sistema educativo más resiliente e innovador, preparado para enfrentar retos del presente y del futuro.

3.REFERENCIAS

Bisquerra, R., Pérez, J., & García, E. (2015). *Inteligencia emocional en educación*. Editorial Síntesis.

Carro, A., & Lima, A. (2022). Pandemia, rezago y abandono escolar: Sus factores asociados. *Revista Andina de Educación*, 5(2), e208. <https://doi.org/10.32719/26312816.2022.5.2.10>

CEPAL & UNESCO (2020). *Informe COVID-19: La educación en tiempos de pandemia de COVID-19*. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/45904-la-educacion-tiempos-la-pandemia-covid-19>

Gómez, D. A., Alvarado, R. A., Martínez, M., & Díaz de León, C. (2018). La brecha digital una revisión conceptual y aportaciones metodológicas para su estudio en México. *Entreciencias: Diálogos en la Sociedad del Conocimiento*, 6(16), 49-64. <https://doi.org/10.22201/enesl.20078064e.2018.16.62611>

Guiot-Limón, I. (2021). Uso de las TICS en la educación superior durante la Pandemia COVID-19: Ventajas y desventajas. *Interconectando Saberes*, (12), 223-227. <https://doi.org/10.25009/is.v0i12.2724>

Moore–Russo, D. A., & Wilsey, J. N. (2014). Delving into the meaning of productive reflection: A study of future teachers' reflections on representations of teaching. *Teaching and Teacher Education*, 37, 76 – 90. <https://doi.org/10.1016/j.tate.2013.10.002>

Organización Panamericana de la Salud (OPS) (6 de mayo de 2023). Se acaba la emergencia por la pandemia, pero la COVID-19 continúa. *Noticias*. <https://www.paho.org/es/noticias/6-5-2023-se-acaba-emergencia-por-pandemia-pero-covid-19-continua>

Pérez, N., & Filella, G. (2019). Educación emocional para el desarrollo de competencias emocionales en niños y adolescentes. *Praxis & Saber*, 10(24), 23 - 44. <https://doi.org/10.19053/22160159.v10.n25.2019.8941>

Rose, K., Eldridge, S., & Chapin, L. (2015). *La internet de las cosas. Una breve reseña para entender mejor los problemas y desafíos de un mundo más conectado*. Internet Society (ISOC). <https://www.internetsociety.org/wp-content/uploads/2017/09/report-InternetOfThings-20160817-es-1.pdf>

Saltos, J. A., Moran, L. J., Proaño, J. G., & Gamarra, J. C. (2023). El internet de las cosas. Desafíos para la participación y el aprendizaje infantil. *RECIMUNDO*, 7(1), 336-347. [https://doi.org/10.26820/recimundo/7.\(1\).enero.2023.336-347](https://doi.org/10.26820/recimundo/7.(1).enero.2023.336-347)